

LA ANIMACION SOCIOCULTURAL COMO ALTERNATIVA PARA LAS PERSONAS MAYORES.

Andrés Escarbajal de Haro.
Silvia Martínez de Miguel López.
Universidad de Murcia.

INTRODUCCION

Los estudios demográficos en España nos hablan de un crecimiento de la ancianidad más por extensión del número de personas mayores de 65 años que por el número de los que llegarán a esa edad. Es decir, no habrá tanto aporte de nuevos ancianos como prolongación de los que ya lo eran antes (CASAS, 1989: 124). Esto nos debe hacer pensar que los 65 años no es ya una frontera tan próxima a la muerte, como parecía hace pocos años. Ahora la esperanza de vida para los jubilados se extiende otros 20 años, demasiados para tratarlos sólo médicamente o enclaustrar a ese colectivo en residencias-cementerios de elefantes. La Tercera Edad tiene que rebelarse contra quienes quieren reducir su existencia a las visitas mensuales a las cajas de ahorro o al centro sanitario de turno. La vida del jubilado tiene otros horizontes y el Estado debe proporcionar los medios para que la personalidad siga desarrollándose sin límite. Es un derecho humano y no una concesión paternalista. Además, puede ser también una manera de racionalizar el gasto público, que es lo que preocupa tanto a nuestros dirigentes. El argumento es sencillo: la persona alejada de sus intereses sociales y culturales, marginada, etc., tiene todos los ingredientes para penetrar en el mundo sanitario con depresiones, hipocondrias... Y el gasto sanitario es muy caro. No hay, pues, razones sólidas para limitar la vida cultural de la Tercera Edad. Los "viajes programados" no son más que un haba lanzada a la boca de un león hambriento, y, además, ¿qué hay entre uno y otro viaje?

A pesar de la gran cantidad de escritos que están apareciendo últimamente sobre la Tercera Edad, aún podríamos preguntarnos si realmente este período de la vida humana puede recogerse en páginas escritas. Es decir, ¿cómo homogeneizar en unas cuartillas la gran heterogeneidad de las personas mayores y sus circunstancias?. Si pocos autores se ponen de acuerdo en las características

que configuran la llamada Tercera Edad, por la complejidad y diversidad de matices que influyen en su definición, quién se puede atrever a encorsetar a un grupo social en generalidades sin solución de continuidad; y, aún más difícil, quién se atrevería a situar a las personas, de manera individual, en ese colectivo: ¿por la edad?, ¿por sus características biológicas?, ¿por su situación socio-laboral?, ¿por su capacidad intelectual?...

Este trabajo intenta proponer algunas vías de salida para que la investigación sobre, -en, desde, y con... la Tercera Edad pueda ser más fructífera y fecunda y pueda proponer, desde la plataforma educativa, algunas vías de acción que mejore la situación de este colectivo social. La Pedagogía debe construir su propia discurso si quiere decir algo a la Tercera Edad. Un discurso personal que se sirva de los datos y de las informaciones que pueda extraer de otros tipos de áreas de conocimiento pero cuyo resultado sea fruto de la interdisciplinariedad y de la reconstrucción creativa y no de la sumisión o de la docilidad a la hegemonía de conocimiento que imponen, por influencia y tradición, otras áreas. Por lo demás, el discurso sociológico sigue anclado, en gran medida, como el económico, en sus pautas cuantitativas que condenan a sus análisis a los problemas demográficos que conlleva el aumento de la Tercera Edad o al estudio del costo que supone para las políticas sociales de un país el cuidado o la mejora del universo de la vejez. Poco nos puede aportar este discurso, de una sociología escasamente cualitativa, que no podamos obtener de las estadísticas procedentes de los Servicios Sociales de cada Comunidad, del INSERSO o de otro organismo relacionado con la Tercera Edad. La construcción de una creíble y coherente Gerontología Educativa pasa, de entrada, por el distanciamiento crítico de la "obsesión numérica" que, bajo la coartada de la objetividad y la neutralidad, impiden el desarrollo de un discurso más cualitativo, más axiológico y humano que el propuesto bajo la retórica paternalista y tecnocrática dominante.

1- CONSIDERACIONES EN TORNO A LAS PERSONAS MAYORES.

Generalmente, las definiciones sobre la vejez y la Tercera Edad han sido formuladas desde la Biología o la Medicina. Para estas ciencias, la vejez no es más que un proceso de decadencia

estructural y funcional del organismo humano, aunque, si hemos de considerar la tesis de Henri PEQUIGNOT, desde el punto de vista psíquico no puede existir definición científica de la vejez, ya que no se debe reducir el envejecimiento psíquico a las modificaciones desfavorables (PEQUIGNOT, 1981: 72-73). Por su parte, las Ciencias Sociales hablan en sus definiciones del paso de una persona laboral y socialmente activa a una jubilación que excluye a los individuos de una comunidad: "la vejez es el estado de una persona que, por razón de su crecimiento en edad, sufre una decadencia biológica de su organismo y un receso de su participación social" (LAFOREST, 1991: 39).

En lo que a nosotros respecta, la expresión "tercera edad" es inadecuada y no recoge todo el cúmulo de circunstancias y dimensiones que atraviesan las personas que llegan a la vejez e, incluso, a la jubilación. La vejez es un estado y un estado exige una cualificación y no una numeración. El problema de cualificar ese estado viene dado por las múltiples delimitaciones conceptuales que, desde otros ámbitos como la Biología, la Medicina o la Psicología, se han atrevido a dar: sobre todo, cuando tales áreas han apostado más por la tipologización y por la normativización que por la diferencialidad e individualidad de cada persona considerada mayor (HUASON, 1980). Lo que queremos decir es que esta marabunta de definiciones conceptuales con pretensiones objetivas ha ocultado o ha limitado la posibilidad de un análisis más cualitativo que permitiera una o varias definiciones matrices, fruto de supuestos distintos sobre la vejez, que permitieran al mismo tiempo enfoques distintos para encararlo y estudiarlo con profundidad y coherencia. Las plataformas positivistas y tecnocráticas se quedan, desde que PARSONS (1942) decidiera hablar al modo funcionalista sobre la Tercera Edad, en la superficie sin poder penetrar más allá. Debemos admitir por tanto una primera dificultad: la de querer ir colaborando a la construcción de una perspectiva más reflexiva y crítica (MIDWINTER, 1992, a y b; BATTERSBY, 1993), tal y como en el mundo anglosajón se propicia, supone ir elaborando un nuevo lenguaje, una nueva red terminológica que redefine el universo real que convoca la Tercera Edad. Justamente en este punto se encuentra una de las dificultades más difíciles de superar y que obstaculizan la solución de otras dimensiones. Ya que esta fuerza del lenguaje funcionalista y su poder de socialización y de conformación en este campo, de tal manera ha ido configurando en el tiempo nuestras percepciones sobre lo que son los ancianos y lo que éstos tienen que hacer, que se presenta muy difícil ir provocando una ruptura en la red de relaciones conceptuales que, hasta ahora, se ha ido operando como legitimadora de los modos de estudiar, analizar e interpretar, e

incluso intervenir sobre las personas que forman parte de este grupo social. La posibilidad de ir elaborando un lenguaje menos determinista y cosificador, de contribuir a la creación de un lenguaje más posibilitador y menos conductista, que tenga como objetivo el presente y el futuro, y como punto de partida la experiencia de los profesionales que trabajan con la Tercera Edad, así como las propias voces de los componentes de este colectivo es, justamente, la primera tarea que debe asumir quién o quienes se propongan investigar en y con tales grupos, con el objetivo de conocerlos mejor y contribuir a su optimización de modo más pertinente (MIDWINTER, 1992, b).

Así que, ni segunda, ni tercera ni cuarta edad. No hay criterios sólidos para mantener una expresión así. Desde la tipología que RICHARD hizo en 1962 sobre las personas ancianas ¿no se han obviado multitud de diferencias que no se enmarcan bajo ninguno de estos paraguas explicadores?; ¿no se está cayendo con los conceptos de vejez, ancianidad, "tercera edad"... en el mismo error que la sociología fenomenológica cometió con el de juventud, adulto, mujer... al plantearlos como conceptos estáticos y, por ende, escasamente abiertos a la reconstrucción social? Como ya se ha escrito en otros momentos (MALAGON, 1995; SAEZ, 1996), la Tercera Edad debe plantearse como una construcción social; una construcción en la que, curiosamente hasta ahora, poco protagonismo han tenido sus auténticos actores: los denominados, a veces despectivamente, viejos.

Querer explicar y solucionar los problemas de la vejez desde la Biología, Sociología, Medicina, Antropología, etc., aunque pueda ser ilustrativo parcialmente no nos llevará a conclusiones exactas, pues cada uno de los aspectos componentes de ese período vital influye y es influido por los demás. Por ejemplo, si desde la Biología se puede decir que la existencia es una muerte lenta, desde la Pedagogía podemos afirmar que lo verdaderamente importante en la vida de la persona es el cambio, la posibilidad de ir cambiando y hacer cambiar a su entorno. Si bien las personas pueden sufrir pérdidas importantes o "degradaciones", como se dice en otros contextos, no está demostrado que las personas encuadradas en la Tercera Edad sean incapaces de realizar aún estimables actividades intelectuales. Quizá debamos convenir con otros autores que se es viejo sólo cuando se ha perdido la curiosidad intelectual y "cuando la torpeza de las piernas coincide con la torpeza y la premiosidad de la palabra y del pensamiento" (DE VEGA, 1989: 405). Por esto, mientras funcione el Sistema Nervioso de una manera "normal", las personas mayores pueden ser muy útiles socialmente. Intelecto, capacidad de comunicación y participación serían elementos

imprescindibles para "mantener joven" a quien se quiere arrinconar como anciano. Es la diferencia entre ser viejo y estar viejo. Lo que sucede es que la Pedagogía, centrada más en lo escolar por oficio y algo en lo extraescolar, en los últimos tiempos, ha obviado claramente el terreno social de las personas mayores y las posibilidades educativas que ello encierra hasta que otras áreas le han iluminado, directa o indirectamente, la tarea que podría seguir, recuperando, así, el tiempo perdido, y un área más de posible profesionalización, que esto es lo que, en tiempos de "profesionalismos exacerbados", al fin y al cabo importa. Pero lo que un día fue extrapolación que propiciaba tanto la inserción legítima en un nuevo campo de reflexión y búsqueda de conocimiento como suscitaba la curiosidad y la motivación... ha pasado a convertirse en un discurso mimético, aporético, sin virtualidades prácticas, tan bellamente recreado algunas veces como retóricamente artificial, dominado por un lenguaje tecno-académico que opera "a la contra", sin capacidad siquiera para la legitimación reproductora. Y no se trata de "hacer cosas" para los viejos, sino de devolver la voz a quienes la perdieron al jubilarse, partiendo de la realidad concreta y utilizando una metodología de acción social.

Indudablemente, y de acuerdo con lo expuesto anteriormente, aunque la sociedad industrial haya relegado a las personas de la llamada Tercera Edad a un grupo marginal, creemos que este colectivo constituye un auténtico capital cultural y quizá la clave de una transformación radical de la estructura social. Esto podría ser así si en lugar de aislar a nuestros hombres y mujeres de la "Tercera Edad", fomentásemos la creación de programas que favorezcan el contacto con su comunidad, la participación en la búsqueda de soluciones para los problemas que se presentan. Además, siendo y sintiéndose útiles, serán felices y no se sentirán como una carga para los que les rodean. Es la famosa frase atribuida a tantos autores: "Para nada sirve dar años a la vida, si no se da vida a esos años". Este es, sin duda, un campo preciso y precioso para el Trabajo Social, la Educación Social y la Animación Sociocultural.

Por otra parte, la socialización es entendida como conjunto de procesos que convierte al individuo en ser social que participa activamente en su propio desarrollo y su comunidad (ATCHLEY, 1980: 69-70). Conciernen, sobre todo, a la capacidad del individuo para ser útil socialmente. Según esta consideración, el colectivo de las personas mayores deja de pertenecer a la sociedad, no es un grupo socializado, porque ni se integra socialmente, ni se desarrolla con su entorno, ni participa socialmente en el proceso de construcción comunitaria. Sin embargo, la

realidad es bien distinta, pues la llamada Tercera Edad hace tiempo que tomó "conciencia colectiva" (STREIB, 1965: 46) y se organizó en Estados Unidos en los llamados "Panteras Grises", grupo que reclama participación social a todos los niveles, incluido el político. Y lo mismo está ocurriendo en países de Europa Occidental.

Pertenecer a una comunidad y sentir esa pertenencia como un rasgo de identidad es fundamental para las personas. Lo que sucede es que, normalmente, ese sentimiento de pertenencia lleva consigo la participación social, que es una manera clara de hablar de identidad colectiva. Por tanto, la vejez no debe significar un alejamiento en la pertenencia al grupo social ni, mucho menos, de la participación en la vida comunitaria. Es esencial que las personas mayores continúen una vida activa y participativa (LAFOREST, 1991: 176).

2- LOS SERVICIOS SOCIALES ORIENTADOS A LAS PERSONAS MAYORES.

Hasta los años ochenta ha predominado una concepción funcionalista de los mecanismos sociales, por lo que la vejez no podía ser otra cosa que una etapa improductiva y una carga para las edades productivas. Esta concepción, unida a la innegable realidad de las mermas que acaecen en la vejez, dio como resultado que las políticas sociales aparecieran impregnadas de asistencialismo hacia este colectivo.

En el año 1993 la Comisión Europea para el Desarrollo de las Naciones proclamó, con bastante énfasis, con felicidad exultante cual si hubiese sido un descubrimiento insólito, la necesidad de "Solidaridad entre las Generaciones". Las razones son evidentes, pero no por elementales vamos a negar la posibilidad de que vuelvan a ser formuladas:

A- En todos los Estados miembros de la Comunidad Europea la población está envejeciendo porque, debido al desarrollo tecnológico y social conseguido, el nivel de mortalidad

es menor y las personas se mueren más tarde.

B- Si existe, por tanto, una mayor proporción de personas de edad que viven más tiempo, son necesarias políticas sociales que cubran esta situación, pero, las economías nacionales de cada país europeo funcionan, en lo que a este punto respecta (y a muchos otros con los que está relacionado), muy ineficazmente, están mal gestionadas y ello es origen de muchos conflictos.

C- El fenómeno del envejecimiento, a pesar de la información y de los conocimientos que en estos momentos poseemos, y de las condiciones democráticas que se ha alcanzado en la vieja Europa, se sigue contemplando negativamente. Esta situación queda muy bien explicada por el conocido "efecto Mateo" que, en relación con los Servicios Sociales, explican BENJAMIN y ESTES (1983): esta visión negativa del anciano, por mucha retórica que se despliegue para disimular el aparcamiento, se ha ido traduciendo en un preocupante fenómeno que consiste en que aquellos que más cuidados demandan y necesitan son los que menos los reciben. O, en otro lenguaje: la percepción marginal que tenemos del anciano se traduce, más allá de consideraciones éticas relegadas por "las urgencias de la economía", en una falta de respeto hacia él y, subsecuentemente, en una progresiva incomunicación entre los miembros de distinta generación. ¿Qué ocurre, estando así las cosas, con el formalista objetivo de "Solidaridad entre las Generaciones" tan exquisitamente cantado por la Comisión Europea?

Y, cabría preguntar: ¿cómo han respondido tradicionalmente el trabajador social y los Servicios Sociales a la demanda de los organismos internacionales? Pues han respondido queriendo ser "neutrales", ideológicamente hablando, lo que ha implicado un desconocimiento de las variables políticas de la estructura social, poniendo el acento en el apoyo individual, descontextualizado siempre, queriendo predicar y protagonizar el cambio social (quizá por "snobismo") sin investigar las causas de la marginación ni proponer alternativas a esas situaciones (KISNERMAN, 1982: 67-68). Hay excepciones, claro, pero no hacen más que confirmar la regla. La situación descrita puede tener su explicación en el propio nacimiento de los Servicios Sociales como respuesta a necesidades imperiosas, lo que dio lugar a una práctica basada en fenómenos sociales dados, y de ahí el sentido individual y asistencial, en detrimento de la dimensión comunitaria y la investigación social.

Los problemas que tradicionalmente han atacado los Servicios Sociales no se han dado ni

se dan como hechos aislados que requieren, por tanto, soluciones individuales, sino que tienen su origen en las condiciones sociales generales de una comunidad, y en la modificación de esas condiciones es donde está el verdadero y auténtico objetivo de cualquier trabajador-educador social. Es, por tanto, un poco "perder el tiempo" intentar clasificar o identificar ámbitos de intervención (RUBIOL, 1985; AZNAR, 1985; DEL VALLE, 1987; FORSBERG, 1986; LUQUE, 1988) de los Servicios Sociales porque el gran ámbito parece evidente: la propia comunidad. Cualquier intervención social planteada desde un paradigma crítico debe redundar positivamente en la comunidad global y en sus diferentes sectores (BENDER, 1981). Por ello, al hablar de Servicios Sociales, deberíamos emplear el término Servicios Comunitarios. Información, orientación, asesoramiento, animación, son elementos válidos para el trabajo comunitario. De esta manera, las alternativas a los problemas sociales no estarán divorciadas de las reales condiciones que incidían en la aparición de esos problemas. Cambiar las causas, no los efectos, esta es la cuestión. Organizar, primero, autoorganización, después, para que los ciudadanos puedan convertirse en agentes activos y responsables de su propio desarrollo. Así evitaríamos planteamientos idealista-empiristas que sobrevaloran las posibilidades individuales y entraríamos en otros planteamientos de tipo colectivo (CASALET, 1983: 19-20).

Los Servicios sociales deben concentrar sus esfuerzos en la orientación de las colectividades y comunidades para que sepan utilizar todos los recursos disponibles de la manera más óptima posible (PONTICELLI, 1987), aunque, generalmente, no se programan para este gran objetivo, sino para actuar en aspectos concretos familiares (información, asesoramiento, apoyo, protección), rehabilitación de minusválidos, atención a la Tercera Edad, minorías étnicas... Todo ello interpretado en código asistencial, a pesar de que algunos autores hayan planteado esa asistencia dentro de una filosofía de desarrollo comunitario (KAHN y KAMERMAN, 1980). Es decir, el planteamiento más común, que aún impera en Servicios Sociales, con o sin matizaciones, es el derivado de la necesidad de paliar disfunciones sociales, no atacar la raíz de esas disfunciones o situaciones de carencia. Los Servicios Sociales y sus profesionales, los trabajadores sociales tienen la obligación de conectar con otros educadores sociales (animadores) y actuar en, con y sobre una comunidad en sentido dialéctico-crítico. La propia comunidad, sus ciudadanos, deben tomar conciencia de los factores y elementos que condicionan sus carencias, analizar esas causas y proponer estrategias de solución tendentes al cambio social. La asistencia y el paternalismo, las soluciones técnicas elaboradas por expertos, deben dejar paso a la dialéctica social, a la orientación

para la conjunción de las diferentes fuerzas sociales en proyectos de desarrollo comunitario, a la animación de colectivos, en suma.

Así que, cualquier plan gerontológico que quisiera actuar más allá del asistencialismo debía atender, fundamentalmente, tres cuestiones básicas: actuación comunitaria a nivel sociosanitario, actuación institucional (residencias y sus alternativas) y propuestas de intervención socioeducativa. Concretamente, Carmen ORTE y Martí MARCH (1955: 55-59) proponen los siguientes objetivos básicos:

- a) Facilitar el acceso de las personas mayores a cursos de formación y educación.
- b) Posibilitar la realización de actividades socioculturales.
- c) Proponer medidas para la cualificación de los servicios y programas dirigidos a las personas mayores.
- d) Facilitar la utilización positiva del ocio y el tiempo libre.
- e) Posibilitar la gestión democrática de los centros y residencias.
- f) Crear cauces para la participación comunitaria de las personas mayores.
- g) Garantizar la cobertura económica de los programas dirigidos a las personas mayores.

Y, efectivamente, legal y normativamente, la alternativa a los problemas de la "Tercera Edad" en nuestro país parece estar contemplada en el Plan Gerontológico, que consta de cinco grandes áreas: Pensiones, Salud y Asistencia Sanitaria, Servicios Sociales, Ocio y Cultura, y Participación:

A) Pensiones.- El objetivo es acercar las pensiones al salario mínimo interprofesional. Además, se quiere asignar una cantidad complementaria a los mayores de 80 años o menores de esa edad que presenten discapacidades importantes. También se quiere garantizar la continuidad de las

pensiones no contributivas.

B) Salud y Asistencia Sanitaria.- Atención y prevención son los grandes pilares para el bienestar social del colectivo. Para ello, se quiere intensificar la formación profesional en la rama sanitaria (falta, sin embargo la alusión a la Educación para la Salud y la formación de profesionales en este ámbito).

C) Servicios Sociales.- Es el área donde parece que más énfasis pone el plan. Pretende crear toda una red de servicios sociales que abarque campos desde la asistencia a domicilio a la adaptación de viviendas y la integración de los ancianos en su entorno. En esta parcela se alude a la importancia del voluntariado, por lo que creemos necesaria la presencia de educadores sociales que, en este campo de la ayuda a domicilio, desarrollen funciones de formación de voluntarios, intervención socioeducativa en la familia, fomento de las relaciones socioculturales de los mayores con su entorno, organización de recursos culturales como las "bibliotecas volantes", etc. (MALAGON, 1995: 73-74).

D) Ocio y Cultura.- Distingue claramente dos subáreas: propiciar la autorrealización personal a través del acercamiento al patrimonio histórico y cultural, y concienciar a la sociedad sobre la necesidad de valorar los aspectos positivos de la Tercera Edad y eliminar los estereotipos negativos. Además de las residencias, se incorporan los "centros de día", establecimientos públicos destinados a facilitar la convivencia y a propiciar la participación e integración social de las personas que reúnan las condiciones para ser beneficiarios de los mismos. Tanto en los "centros de día" como en las "aulas culturales", nuestros mayores podrán fomentar las relaciones intergeneracionales e interpersonales, potenciar la autoestima, ampliar su participación comunitaria, desarrollar la capacidad creativa y adquirir una formación de base para poder utilizar los bienes culturales de la comunidad (FROUFE, 1995: 50).

E) Participación.- El objetivo es seguir considerando a las personas mayores como ciudadanos capaces de intervenir en la gestión comunitaria. Aquí hacen especial alusión a la importancia de la Animación Sociocultural para cumplir este cometido.

Parece que no caben muchas dudas a la hora de considerar lo que hemos estado

manifestando reiteradamente en las páginas anteriores. Hay dos áreas, como mínimo, que están reclamando un trabajo sociocultural con la Tercera Edad a través de educadores sociales. Y aún seguimos pensando que en Salud deberían decir mucho estos profesionales, precisamente en los aspectos educativos, y así lo considera cualquier planificador de un "master" sobre Gerontología.

3- EDUCACION DE LAS PERSONAS MAYORES.

Hay, evidentemente, maneras de conceptualizar a la vejez en términos negativos o decrecientes, pero hay también actitudes contrarias que pueden verla como meta de un desarrollo vital, como período final de los objetivos de crecimiento personal establecidos en la juventud de cada individuo. Y esa es la realidad. Hay, efectivamente, un declive, pero también es indudable que puede ser un período de crecimiento de la personalidad (BEAUVOIR, 1970: 394-396; BREARLY, 1975: 15; SALOMON, 1982: 3; KAUFMAN, 1986: 16). Por ello, Jacques LAFORET matiza la anterior definición de vejez para acabar significando que es "una situación existencial de crisis, resultado de un conflicto íntimo experimentado por el individuo entre su aspiración natural al crecimiento y la decadencia biológica y social derivada del avance en años" (LAFOREST, 1991: 51). Así, la vejez debe ser percibida desde un punto de vista dinámico establecido entre la dialéctica del crecimiento y la decrepitud; lo que Rudolf MOODY denomina "conjugación de los principios de finitud y autodesarrollo" (MOODY, 1985: 42). Y precisamente, como educadores, habremos de fomentar esta dialéctica luchando contra los estereotipos negativos de la sociedad, porque acaba creyéndolos el propio anciano.

Aunque hay cierta polémica acerca de la pretensión de tantos autores de mantener activos y participativos a nuestros mayores, lo que parece evidente es que, cuando participan activamente en cualquier instancia social aparecen altos niveles de satisfacción, mejor estado de ánimo (y salud) y, por tanto, mejores expectativas vitales (STEINBACH, 1991: 81-90; BALTES y otros, 1990: 173-179). Naturalmente, esto no quiere decir que debemos mantener artificialmente activos y participativos a nuestros mayores, sin motivación y sin tener en cuenta sus intereses. En cualquier

caso, pasar a la jubilación sin ningún tipo de actividad es descompensar la experiencia vital, es sesgar la capacidad de relación y, por consiguiente, penetrar en procesos de des-socialización (CHIRIBOGA y PIERCE, 1993). Claro que, como nos dice MARTIN (1995: 16), la cuestión es saber qué tipo de contextos son los más idóneos para favorecer estas interrelaciones. Y ahí es, precisamente, donde está el trabajo educativo.

Siempre hemos aceptado que la educación era el gran instrumento para mejorar la calidad de vida de las personas. Sin embargo, cuando se afirma lo anterior, inevitablemente surge la pregunta: ¿pero qué tipo de educación? Porque la educación liberal es, precisamente la que más obstáculos pone a la cualificación personal de la tercera edad (ESCARBAJAL, 1994), además de restar capacidad de acción a los educadores que trabajan con ese colectivo. Por tanto, al hablar de educación para nuestros mayores debemos plantear pronto el ¿cómo? de esa educación, las estrategias, procesos y métodos que pondremos en práctica para trabajar con la tercera edad. Y ello teniendo en cuenta que en esta etapa de la vida no se busca tanto la eficacia como la comunicación interpersonal, por lo que se impone la utilización de técnicas cualitativas de trabajo grupal.

Es curioso detectar que, como en tantos otros órdenes de la literatura pedagógica, la educación comienza a ocuparse y a escribir sobre la "Tercera Edad" sin haber entrado, por colaboración o compromiso con los Servicios Sociales, en un hogar donde residen ancianos ni haber penetrado en ningún centro o residencia. Se escribe o se habla sobre los mayores de edad desde la intuición tanto como desde otros ámbitos disciplinares que proporcionan conocimiento de este colectivo social y se extrapolan, con excesiva ligereza a veces, los supuestos y principios encontrados en la lectura de esos textos o en la experiencia particular que uno puede haber tenido a ese respecto, al mundo de la pedagogía en el que los profesionales de la educación se mueven.

Interrogantes que legítimamente nos debemos plantear desde cualquier plataforma serían, como mínimo, los siguientes: ¿qué es un anciano?, ¿en qué consiste la vejez?, ¿qué objetivos y expectativas caben en esta etapa vital?, ¿cómo aprenden las personas mayores?, ¿tiene el mismo significado el aprendizaje en cualquier edad?, ¿se producen los mismos procesos?, ¿existen cambios cualitativos en la vejez que no se producen en otras etapas de la vida?, ¿qué objetivos y expectativas caben en esta etapa?, ¿quién o quiénes determinan esos objetivos?, ¿qué profesionales deberán trabajar con ellos?, ¿con qué tipo de formación? Preguntas con difícil respuesta, pero que es ineludible plantear (y resolver) si queremos avanzar en el estudio de las posibilidades educativas

en la vejez. Pero no respondiendo nosotros como "expertos", sino oyendo las voces de los verdaderos protagonistas, tanto de las personas mayores como de los profesionales que trabajan con ellos (BATTERSBY, 1993: 20). En este sentido, ya se ha demostrado que las teorías del aprendizaje basadas en PIAGET no pueden dar respuesta a una pedagogía dirigida a las personas mayores. Aquellas nos llevarían a planteamientos abstractos, lógicos y formales que no son, precisamente, los que los viejos aplican a la resolución de problemas vitales. Por ello, se aboga por estilos de pensamiento post-formales (MARTIN, 1995: 12), que permiten mayor comprensión sobre el conocimiento, dando más importancia a los contextos de aprendizaje, haciendo más relativa la naturaleza del conocimiento, aceptando la contradicción como aspecto de la realidad, integrando experiencias y alternativas y, en definitiva, captando la realidad como totalidad en continua transformación (MARTIN, 1995: 12-13; RYBASH y otros, 1986: 38 y ss.).

Evidentemente, lo que no deberíamos hacer es considerar la educación de las personas mayores bajo las mismas perspectivas que utilizamos para educar en otras etapas de la vida. Lamentable error, repetido, que ha llevado a la confusión. Hablar de pedagogía dirigida a las personas mayores y poner en práctica una educación reglada, con los contenidos organizados en disciplinas secuencializadas y evaluaciones cuantitativas, es crear mayor confusión. La pedagogía dirigida a las personas mayores debe ser activa, participativa, organizada en torno a las experiencias personales, gratificante, constructiva y cualificadora. El trabajo grupal se debe imponer a las prácticas individualizadoras (SAEZ, 1996; ESCARBAJAL, 1994). La vejez, más que cualquier otra etapa de la vida, debe ser una construcción, como remachadamente expone la teoría gerontológica en el llamado "paradigma de la experiencia, el diálogo y la trascendencia" (WITHNALL, 1992: 16-17).

En virtud del mito de la "inteligencia que se desvanece", la respuesta pedagógica con las personas mayores ha sido la del tratamiento compensatorio propio de un modelo tecnológico diseñado para dar respuestas individuales (PALAZON, 1995: 83). Pero hay otra alternativa que, desde planteamientos de trabajo grupal cualitativo ya hemos expuesto en otras ocasiones (ESCARBAJAL, 1991; 1992; 1994). Y, actualmente, se piensa en un colectivo que no debe agotar su formación y participación de manera endógena, sino proyectarse socialmente. Esto nos acercaría al modelo crítico de educación social tendente a la emancipación de individuos y colectivos (SAEZ, ESCUDERO, GARCIA, ESCARBAJAL, etc.).

Tanto la Sociología como la Antropología, Medicina, Economía, etc., han penetrado en el conocimiento de la vejez y han aportado conocimientos muy relevantes; sin embargo, hemos de reconocer que la Pedagogía se ha asomado tímidamente a este apasionante mundo desde planteamientos metodológicos referidos a la Animación Sociocultural. Y, una vez superadas las teorías funcionalistas en relación al papel de las personas mayores en la sociedad, nos encontramos en el ámbito anglosajón con una Gerontología Educativa que nace con fuerza al incorporar la metodología de Investigación-Acción a esos procesos. Efectivamente, con técnicas etnográficas hemos podido saber mucho más de la vejez, en boca de sus protagonistas, que la cantidad de teorías que llenaban los libros sobre este colectivo social.

Habría que señalar que si bien es cierto que la Educación es una construcción también lo es que ésta no se produce libre y voluntariamente, sino que está mediatizada y limitada por la realidad sociocultural en la que se produce tal construcción (ROWAN, 1981: 107; SAEZ, 1989: 57). Y es que, hablar de calidad de vida, además de asistencia, salud, pensiones suficientes, etc., es hablar de: información, (para tener conciencia de la situación personal y comunitaria), toma de decisiones (para ser responsable del propio futuro), movilización, (para descubrir las causas y consecuencias de las situaciones y comprometerse en la resolución de problemas), organización (para defender los intereses colectivos), acceso a la cultura (como autorrealización personal), capacidad para participar activamente (como agente de transformación) (LARA, 1991: 244-245).

De los programas dirigidos a las personas mayores, la propuesta que parece tener más adeptos es la que quiere organizar toda una red comunitaria de servicios, asistencia, cultura, etc., a través de animadores socioculturales y entroncada directamente con las características del lugar. El animador puede establecer planes concretos de desarrollo comunitario dirigidos a la Tercera Edad por varios motivos, pero, sobre todo, porque ese colectivo tiene mucho tiempo libre y seguramente ganas de utilizarlo constructivamente y, en segundo lugar, porque les permitirá seguir en contacto con las personas de su entorno comunitario, seguir siendo parte de la sociedad (PASSANANTE, 1983: 134-137). No olvida tampoco esta autora el apoyo y la orientación que deben prestar, en este sentido, los medios de comunicación social, fundamentalmente para poder hacer realidad un tipo de educación a distancia que en lugares concretos (la autora es argentina) son tan necesarios. Diversos autores han puesto de manifiesto que la calidad de la "Tercera Edad" dependerá, en gran medida, de la preparación educativa para asumirla, así como para continuar en ella actividades que

potencien el desarrollo de la personalidad (MORENO, 1988: 25).

Por tanto, parece que la finalidad general es doble: por una parte, propiciar la participación de las personas de edad en los diversos organismos e instituciones sociales, a fin de aumentar los procesos de democratización de la sociedad al evitar las exclusiones que impone la jubilación, y, por otra parte, acrecentar las posibilidades de desarrollo personal y cultural de los componentes de este colectivo (MARCH y ORTE, 1995:56).

3- ANIMACION SOCIOCULTURAL CON LAS PERSONAS MAYORES.

Animados por el espíritu del funcionalismo parsoniano (el viejo es un individuo improductivo y consumidor de recursos), aparecieron en España teorías legitimadoras que intentaban "solucionar el problema de las personas mayores". Afortunadamente, en la actualidad hay planteamientos que, desde posiciones críticas, ven a este colectivo de personas mayores como elemento importante para conseguir el desarrollo comunitario. Aunque, aún se confunde la Animación Socio-Cultural sobre la Tercera Edad y el Trabajo Social sobre este colectivo con la Asistencia Social, y no tienen nada que ver, o, por decirlo más suavemente, tienen poco que ver. La Asistencia Social surge tras la Segunda Guerra Mundial con un carácter marcado de beneficencia y atención a disminuidos y personas de la "Tercera Edad". Sin embargo, pronto se reconvirtió esta primera tarea hacia los servicios sociales, que ya no sólo trataban de asistir, sino de dar algo más: ayudar al desarrollo individual y colectivo, al autodesarrollo, intentando paliar las descompensaciones generadas por la rápida evolución de la sociedad. Lamentablemente, a lo máximo que se había llegado hasta hace pocos años en relación al trabajo social con la "Tercera Edad" era a la labor meramente asistencial, en el sentido dado originariamente a este término, desatendiendo la formación continua y la búsqueda del equilibrio presumiblemente perdido tras la jubilación.

Así, uno de los autores que más ha estudiado estos temas, Ezequiel ANDER-EGG,

comenzó aplicando el término Servicio Social como tecnología, pero matizaba que se situaba en el plano de la acción social, y no en el de la ciencia o investigación científica (ANDER-EGG, 1967: 16), resultado de su diferenciación entre los planos filosófico, científico y el de la praxis social. A este último pertenecería el Servicio Social, como lo estarían todas las técnicas sociales; aunque pocos años después criticaba estas posturas al considerar que estaban enmarcadas en los problemas típicos de los países desarrollados, en absoluto válidas para los países subdesarrollados. Por ello, proclamaba la vehiculización de unos Servicios Sociales directamente implicados en la problemática social general y en la politización de los mismos (ANDER-EGG, 1970: 4), postura que ha venido matizando hasta la actualidad (con la inserción de los programas de Servicios Sociales en el Desarrollo Comunitario). Lo que parece evidente es que los planteamientos que han primado en Servicios Sociales (y los que aún priman en algunos programas) son los que se dirigen hacia intervenciones tendentes a eliminar o paliar las situaciones de disfunción social, es decir, planteamientos funcionalistas; aunque ya a finales de los sesenta, algunos autores difundían la idea de un trabajador social que superase los anteriores esquemas y tuviese un papel destacado en la problematización de la realidad social, desmitificando los aspectos tópicos de la misma (RODRIGUEZ, 1969: 13-17). Quizá, por ello, se quiso refundir ambas tendencias en una nueva corriente del Servicio Social que lo consideraba como tecnología social, basado en los presupuestos de las Ciencias Sociales, pero orientado hacia la mejora comunitaria con la participación de los habitantes de la zona y el objetivo puesto en el bienestar social (MICHAUD, 196: 57-59).

Con lo visto en páginas anteriores, podemos distinguir ya entre actuar sobre y actuar en. La Animación Sociocultural y los Servicios Sociales centrados en la primera acepción estarían dedicados a la animación y el trabajo social como profesión, con animadores y trabajadores sociales que actúan a nivel técnico sobre una población, con una programación dada de antemano, con la ayuda de voluntarios, de cara a una rentabilidad concreta de intereses no demasiado explícitos muchas veces, e intentando el desarrollo de parcelas concretas, tanto individuales como colectivas. Por el contrario, actuar en implica un significado de dinámica social, con presencia de trabajo grupal en la resolución de problemas comunitarios, con programas emergentes de los propios destinatarios, basada en la intercomunicación, con objetivos de cambio social. Tanto el animador como el trabajador social serían catalizadores y dinamizadores, y la rentabilidad no sería buscada como objetivo prioritario (MOULINER, 1974: 13). En resumen, desde esta última concepción, tendrían un triple trabajo: concienciación-estimulación para la detección de problemas

comunitarios, puesta en relación para la intercomunicación grupal y puesta en acción de procesos de participación y creatividad (MONERA, 1986: 37)

Por todo ello, se afirma que la Animación sociocultural es, ante todo, un proyecto de intervención para motivar y estimular a un colectivo y que éste sea capaz de iniciar sus propios desarrollos socioculturales. Por tanto, debería ser definida por sus programas globales de intervención. Son importantes las técnicas y metodologías, pero siempre han de estar en función del programa global, ya que la Animación interviene desde grupos y hacia la comunidad, atendiendo, fundamentalmente, a las relaciones interpersonales y la participación (LOPEZ de AGUILERA, 1988: 94-96). Así, si algo parece estar claro en Animación Sociocultural, es que se trata de actuaciones críticas, libres y transformadoras de la sociedad. Debe generar procesos de participación en los colectivos y comunidades, usar una metodología que estimule a ello, que implique y responsabilice a los ciudadanos, que lleve a la pluralidad cultural y social, teniendo en cuenta el propio proyecto de cada comunidad y, en definitiva, despertar la capacidad de análisis, organización, creación y expresión. Utiliza metodología para la dinámica crítica y creativa de los grupos y la comunidad para vertebrar en ella una cultura alternativa, un dispositivo eficaz para la movilización de asociaciones y ciudadanos, un movimiento plural, cotidiano y descentralizado (PUIG, 1988: 6; CASTRO de, 1990: 40-41; VICHE, 1986: 17-19; CARIDE, 1986: 106...).

Evidentemente, con estas premisas estamos ya hablando de una Animación Sociocultural dirigida a nuestros mayores, tanto a nivel comunitario como a nivel de residencias. Si una comunidad es entendida como la parte del tejido social que se sitúa entre los individuos (en este caso los ancianos) y la sociedad, creemos que el fin de cualquier comunidad es, precisamente, propiciar la comunicación y participación de todos sus miembros (GALVE, 1991: 16-18). Los animadores socioculturales tienen una importantísima labor en este trabajo en y con la Tercera Edad a nivel comunitario para:

- a) Analizar y estudiar el entorno mediante técnicas cualitativas.
- b) Planificación de proyectos, programas, actividades, etc., conjuntamente con los diversos grupos sociales.
- c) Utilizar cualquier recurso formativo, ya sea institucional o extrainstitucional, en el campo de

la educación formal o no formal.

d) Evaluar, incluyendo la autoevaluación del propio trabajo. Es interesante que también utilicemos las técnicas cualitativas para la evaluación grupal.

De esta manera, parece que debemos desterrar ya la idea de que la Animación Sociocultural es un conjunto de técnicas sociales o tecnología social. Se impone un cambio de mentalidad en los animadores para que trabajen en la dirección apuntada anteriormente, relacionada con el Paradigma Crítico. La Animación Sociocultural es un trabajo desde y para la Cultura, pero entendida con mayúscula, en su más amplio significado, y no como conjunto de parcelas culturales. Sin embargo no podemos trabajar, pensar o repensar en Animación Sociocultural sobre lo abstracto, sino que nuestro trabajo comienza en algo mucho más cercano a todos: el territorio. La Animación Sociocultural busca cambiar la realidad existente para superarla. Tengamos esto claro porque si no se da el cambio social, el cambio de esa realidad, no hay Animación Sociocultural. Habrá otras muchas cosas, pero no Animación Sociocultural en su sentido más auténtico. Y esta es una posición de partida que no debemos olvidar para eliminar después los demonios de la justificación: "hago lo que puedo", "no es posible hacer otra cosa con esta realidad"... para eso está la Animación Sociocultural y los animadores, para romper esa barrera y caminar hacia el cambio social de los territorios y comunidades; pero repetimos, el motor de ese cambio no son los animadores, sino la propia comunidad. La Animación Sociocultural, en este sentido, sería un instrumento para el cambio social.

Que los trabajadores sociales y los animadores socioculturales desarrollen su labor conjuntamente en proyectos integrados comunitarios, no quiere decir que olvidemos la atención a sectores marginados concretos. Muy al contrario, a partir de la estructuración de esos programas conjuntos de desarrollo comunitario se puede vehicular la diversificación sectorial en programas específicos para la "Tercera Edad", menor marginado, drogodependientes, etc., aunque siempre teniendo como referencia la actuación global, todo en función de la dinamización general de la comunidad. Así, estaríamos de acuerdo con las características generales atribuidas actualmente a los Servicios Sociales por algunos autores: carácter polivalente, orientado al bienestar social, dirigidos a todos los ciudadanos de una comunidad, y no sólo a los marginados, posibilidad de desglose en programas sectoriales, enmarque territorial, función múltiple... (ORDINAS y

THIEBAUT, 1988: 47; ARENAS, 1984, GARCIA, 1984). Las funciones no sólo estarían encaminadas a paliar o eliminar marginaciones o necesidades, sino que se ampliarían hacia áreas de investigación, planificación, prevención, programación, reinserción, promoción social, etc.

El trabajo del animador, entonces, no sólo estaría centrado en los procesos que generan la construcción de conocimiento a partir de la interacción social, sino también en ayudar al análisis de las causas de la misma construcción social de la realidad y desvelar el fin y la utilización de dichos conocimientos. La Ideología se convierte en poderoso instrumento para la cualificación del sujeto (THERBORN, 1980: 18). A través de la ideología, los sujetos toman conciencia de su presencia en un espacio vital determinado, de sus problemas, lo analizan y son capaces de proponer alternativas comunitarias (THERBORN, 1980: 185). Por ello, la intervención social se define como un acto fundamentalmente político (HOUSE y MATHISON, 1983: 383) personal y socialmente significativo para los actores. La Animación Sociocultural, por tanto, debe ser considerada como una práctica social crítica desde la que un colectivo busca su optimización social y autodeterminación. Reclama un espacio de análisis que trasciende la realidad objetiva. Para emancipar a las personas, la Animación Sociocultural tiene que desarrollar procesos de comunicación tales que los participantes expliciten libremente sus puntos de vista, huir de la imposición y caminar hacia la negociación y el consenso. Es una actuación fundamentada en la práctica, no en la teoría. Y, creemos que, en este sentido, las técnicas cualitativas de trabajo comunitario pueden ser un instrumento muy adecuado ("bola de nieve", "pasado mañana", "acuario", "jurado", etc.). De esta manera, ni el animador ni los "animados" permanecen al margen del proceso.

Parece que va quedando claro que los dos grandes objetivos del animador sociocultural son: trabajar para el conocimiento de la realidad en todas sus manifestaciones (informando, estimulando, haciendo posible la intercomunicación, el sentido crítico y la propia iniciativa) y dinamizar a los diferentes grupos comunitarios para articular con ellos programas de autodesarrollo, de manera crítica y solidaria (de la RIVA, 1988: 120-121). Es lo mismo que destacar como grandes objetivos de la Animación Sociocultural la Democracia Cultural, toma de conciencia de los individuos en interacción comunitaria y asunción de responsabilidad en el desarrollo autónomo (ARMENGOL, 1988: 38-39). Supone, como mínimo, la creación de espacios culturales, mejora de la calidad de vida, despertar la sensibilidad y participación solidaria, lucha contra cualquier tipo de marginación. (CASTRO de, 1990: 35 y 41). La función, por tanto, más

importante del animador sociocultural es dinamizar colectividades, generar condiciones y actividades para la comunicación, desarrollar la capacidad crítica y potenciar la autonomía y emancipación de la comunidad (BESNARD, 1988: 26-32).

El trabajo del animador debe enmarcarse en los llamados programas de acción social o estrategias para hacer frente a las desigualdades individuales y colectivas de una comunidad (LOPEZ ALONSO, 1986: 10), aunque, habría que matizar, cuando hablamos de necesidades nos estamos refiriendo tanto a las manifiestas (drogodependencias, marginación, tercera edad, etc.,) como a las latentes, que parecen menos escandalosas pero, frecuentemente, determinan más que las anteriores y, nos atreveríamos a decir, son causa de las mismas, en cierto modo. De ahí que sostengamos que el animador sociocultural deba trabajar, fundamentalmente, para superar las necesidades latentes de una comunidad. La Animación Sociocultural y los animadores habrán cumplido su cometido cuando las comunidades y ciudadanos no necesiten de ellos, cuando sean capaces de afrontar sus problemas y eliminar las causas de los mismos. A esto llamaríamos educación social liberadora. Por ello afirmamos que cualquier política de Animación sociocultural deba estar enmarcada en un plan de acción más global, encaminada a la transformación social (COSTA, 1986: 129).

Con todo lo expuesto, no vayamos a creer que el animador y la Animación sean los protagonistas de la acción socioeducativa, pues el único protagonista de los procesos de animación es el propio grupo. El animador es sólo un agente de apoyo que estimula a la iniciativa grupal; una persona que conecta a los individuos con su ambiente y provoca en ellos actividades de investigación, análisis, creatividad, reflexión, organización social, etc., tendentes a solucionar los problemas grupales y socioculturales (POLLO, 1980: 33; BESNARD, 1980: 324-325; LAPORTA, 1979: 107-111). Intenta que afloren los conflictos y se tomen posturas críticas en la solución de los mismos. Y es, precisamente, desde esta postura que insiste en la búsqueda, descubrimiento y exposición de las causas de las desigualdades sociales, donde se puede encontrar el trabajo del animador como educador social (QUINTANA, 1986: 25-26).

Y, ¿por qué es necesaria la Animación Sociocultural en las residencias de la Tercera Edad? La respuesta, además de todo lo expuesto con anterioridad, está en el propio Plan Gerontológico, núcleos 4 y 5, donde se habla de ocio, tiempo libre, cultura, participación... Hay, además, un argumento fundamental: la discapacidad de algunos ancianos para acceder a los bienes culturales de

la sociedad. Se trata de acercar la cultura a quien no puede acceder a ella por impedimentos físicos.

Así, los objetivos de la Animación Sociocultural en Residencias podrían ser:

- a) Organizar las condiciones necesarias para el desarrollo personal y colectivo.
- b) Fomentar la solidaridad y el compañerismo a través de la comunicación y el trabajo grupal.
- c) Sensibilizar sobre la importancia de utilizar educativamente el ocio y tiempo libre.
- d) Buscar la participación en la gestión de la residencia y en la planificación y desarrollo de actividades.
- e) Implicar a los residentes en actividades comunitarias.
- f) Optimizar la dinámica grupal.
- g) Diseño y desarrollo de actividades recreativas y culturales que potencien la solidaridad y cooperación.
- h) Compensar carencias y desigualdades culturales.
- i) Trabajar para el crecimiento de la autoestima de los ancianos, sobre todo, apoyando en las dificultades socioculturales que implican el cambio de situación desde la vida laboral a la jubilación.
- j) Crear un buen clima de intercambio de experiencias.

De todas formas, hemos de considerar que la Animación Sociocultural en residencias no es nada fácil, porque las personas internadas en ellas tienen una baja autoestima y sólo parecen interesarse por los juegos recreativos en los que participa una pareja o un grupo reducido de personas: dominó, cartas, ajedrez, damas, etc. A esta situación unimos que muchas residencias no tienen una adecuada infraestructura para desarrollar actividades socioculturales en ellas. Están más

preparadas para la llegada de la muerte que para la vida cultural. Otro inconveniente es que, normalmente, los ancianos de residencias prefieren tenerlo todo planificado "desde arriba", con lo que se puede complicar la participación en la gestión y planificación de actividades... En cualquier caso, y a pesar de estas actividades, la Animación está precisamente para que las dificultades apuntadas dejen de serlo. Nadie ha dicho que la labor del animador fuera fácil.

Queda claro que, con estas actividades, no buscamos resultados cuantitativos, sino cualificar a quien realice las actividades. Por ello, quizá más que la actividad en sí, interesa las técnicas de animación y trabajo grupal que utilicemos. Debemos recordar que no se trata de preparar actividades **para** la Tercera Edad, sino **con** la Tercera Edad.

BIBLIOGRAFIA

AA.VV. (1992): La animación de los mayores, monográfico de Documentación social, n. 86.

ANDER-EGG, E. (1967): Servicio social para una nueva época, Buenos Aires: Humanitas.

ANDER-EGG, E. (1970): "La politización del servicio social", ponencia presentada en el Curso-seminario del I.S.I, Montevideo, Uruguay.

ANDER-EGG, E. (1981): Metodología y práctica de la Animación Sociocultural, Madrid: Marsiega.

ANDER-EGG, E. (1984): Achaques y manías del servicio social reconceptualizado, Buenos Aires : Humanitas.

ANDER-EGG, E. (1988): "Animación sociocultural, educación permanente y educación popular", en AA.VV: Una educación para el desarrollo: la Animación Sociocultural, Madrid: Fundación Banco Exterior.

ANDER-EGG, E. (1992): Técnicas de reuniones de trabajo, Buenos Aires: Humanitas.

ARENAS, J. (1984): "Algunas consideraciones en torno a las funciones de la atención primaria en servicios sociales", ponencia del Seminario sobre Servicios Sociales, Madrid, noviembre-84.

ARMENGOL, L. (1988): "Hacia un proyecto de Animación Sociocultural", Documentación Social, n.70, Madrid.

ATCHLEY, R.C. (1980): The Social Forces in Later Life. An Introduction to Social Gerontology, Belmont, California: Wadsworth.

AZNAR, M. (1985): "Algunos aspectos del Derecho Comparado sobre los servicios Sociales", Boletín de estudios y documentación en servicios sociales, n. 22-23, Madrid.

BALTES, M.M., y otros (1990): "The Daily Life of Elderly Germans: Activity Patters, Personal Control and Functional Health", Journal of Gerontology, nº. 45.

BATTERSBY, D. (1993): "Developing and Epistemology of Professional Practice Within Educational Gerontology", Journal of Gerontology, vol. 8.

BENDER, M.P. (1981): Psicología de la comunidad, Barcelona: CEAC.

BENJAMIN, A., - ESTES, C., (1983): "Social Interventions with Oder Adults", en SEIDMAN (cord.): Handbook of Social Intervention, London: Sage Publications.

BESNARD, P., (1988): "problemática de la Animación Sociocultural", en DEBESSE-MIALARET: La Animación Sociocultural, Oikos-Tau, Barcelona.

BREARLY, P. (1975): Social work, aging and society, London: Routledge and Kegan Paul.

CAMPO, S. y otros (1981): Introducción a la gerontología social, Colección Rehabilitación, Madrid: INSERSO.

CAMPO, S. y NAVARRO, M. (1981): Posición y problemática de la tercera edad. Introducción a la Gerontología Social, Madrid: INSERSO.

CARIDE, J.A. (1986): "Educación y Animación Sociocultural: La Pedagogía Social como modelo de intervención", en AAVV: Fundamentos de Animación Sociocultural, Madrid: Narcea.

CASAS, J. (1989): "Los problemas médicos de los ancianos", en AA.VV: Hacia una vejez nueva, Salamanca: San Esteban.

CASALET, M. (1983): Alternativas metodológicas en trabajo social, Buenos Aires : Humanitas.

CASTRO, A. de (1990): La tercera edad. Tiempo de ocio y cultura, Madrid: Narcea.

COSTA, A. (1986): "El territorio y las comunidades como marco de la Animación Sociocultural", en AAVV: Fundamentos de Animación Sociocultural, Madrid: Narcea.

CUMMINGS, E.- HENRY, W.E. (1961): Growing old: the process of disengagement, New York: Basic Books.

CHIRIBOGA, A.D. y PIERCE, C.R. (1993): "Changing Contexts of Activity", en

KELLY, R.J: Activity and Aging. Staying Involved in Later Life, USA: Sage Publications.

DE VEGA, R. (1989): "La preparación para una vejez activa", en AA.VV: Hacia una vejez nueva, Salamanca: San Esteban.

DEL VALLE, A. (1987): El modelo de servicios sociales en el estado de las autonomías, Madrid: Siglo XXI.

ESCARBAJAL, A. (1991): Educación extraescolar y desarrollo comunitario, Valencia: Nau Llibres.

ESCARBAJAL, A. (1991): "Un campo concreto de actuación para el trabajo social: la tercera edad", Revista de Pedagogía Social, Valencia: Nau Llibres.

ESCARBAJAL, A. (1993): "Animación Sociocultural y Servicios Sociales, dos trabajos 'diferentes' para un mismo objetivo", Revista de Pedagogía Social, nº.8, Valencia: Nau Llibres.

ESCARBAJAL, A. (1994): "Alternativas socioeducativas para adultos marginados", Revista de Pedagogía Social, nº.9. Valencia: Nau Llibres.

FERICGLA, J.M. (1989): "El envejecimiento en la sociedad industrializada y en otras culturas", en AA.VV: Hacia una vejez nueva, Salamanca: San Esteban.

FORSBEREG, M. (1986): The Evolution of Social Welfare Policy in Sweden, Estocolmo: The Swedish Institute.

FROUFE, S. (1995): "La animación sociocultural en la tercera edad: una experiencia", Revista de pedagogía Social, nº. 12.

GALVE, M. (1991): "La humanidad en el anciano", Documentación social, nº. 86.

GARCIA, J.A. (1991): Trabajo Social y Animación Sociocultural, Valencia: Nau llibres.

GARCIA, J.A. y DEL CERRO, J. (1995): "Teoría y política de la tercera edad: algunas reflexiones críticas", Revista de Pedagogía Social, nº. 13.

HOUSE, E., - MATHISON, S., (1983): "Educational intervention", en AAVV: Handbook of social intervention, Beverly Hills: Sage.

KAHN, A.- KAMERMAN, S.B. (1987): Los servicios sociales desde una perspectiva internacional, Madrid: Siglo XXI.

KAUFMAN, S.R. (1986): The ageless self, New York: Meridian Books-New American Library.

KISNERMAN, N., (1982): Etica para el Servicio Social, Humanitas, Buenos Aires.

- LAFORREST, J. (1991): Introducción a la Gerontología, Barcelona: Herder.
- LAPORTA, R. (1964): Il tempo libero giovanile e la sua organizzazione educativa, Bari: Laterza.
- LAPORTA, R. (1978): "Creatività e prospettive pedagogiche", en AA.VV: Creatività, educazione e cultura, Roma: Enciclopedia Italiana.
- LARA, R.M. (1991): "Voluntariado de ayuda a domicilio", Documentación social, nº. 86.
- LOPEZ ALONSO, C. (1986): "Memoria introductoria" a De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social, Madrid: Siglo XXI.
- LOPEZ de AGUILERA, I. (1988): "La dimensión social de la Animación Sociocultural: promoción y desarrollo de la sociedad civil", Documentación Social, n.70, Madrid.
- LUQUE, O. (1988): Intervención psicosocial en servicios sociales, Valencia: Nau Llibres.
- MALAGON, J.L., (1995): La atención socioeducativa con personas mayores. Reflexión desde los Servicios Sociales de Andalucía, Sevilla. (tesis sin publicar).
- MALAGON, J.L. (1995): "La intervención del educador social en los servicios sociales comunitarios en relación con la tercera edad", Revista de Pedagogía Social, nº. 12.
- MARCH, M. y ORTE, C. (1995): "Una propuesta de intervención socioeducativa de carácter territorial para la tercera edad", Revista de Pedagogía Social, nº. 12.
- MARTIN, A.V. (1995): "Objeto y ámbitos de investigación en Gerontología Educativa", Revista de Pedagogía Social, nº. 12.
- MARTINEZ DE MIGUEL, S. (1997): "La educación en la tercera edad: una apuesta por la animación sociocultural", comunicación para el XII Seminario Interuniversitario de Pedagogía Social, Bilbao: Universidad de Deusto.
- MICHAUD, A. (1969): "Servicios Sociales para países subdesarrollados", Selecciones del Social Work, nº.5, Buenos Aires.
- MIDWINTER, E., (1992 a): Leisure: New Opportunities in the Third Age, Dunfermline: The Carnegie U.K. Trust.
- MIDWINTER, E., (1992 b): Citizenship: from Ageism to Participation, Dunfermline: The Carnegie U.K. Trust.
- MONERA, M.L. (1986): "La Animación Sociocultural como un nuevo tipo de educación", en AAVV: Fundamentos de Animación Sociocultural, Madrid: Narcea.
- MOODY, E.M. (1985): "Parent care as a normative family stress", The Gerontology, nº.1.

MOODY, E., (1977): Long-Term Care of Older People: A Practical Guide, New York: Human Sciences Press.

MORENO, X. (1988): Triunfar en la Tercera Edad, Bilbao: Mensajero.

MOULINER, P. (1974): les animateurs culturels: fonctions et formations, Consejo de Europa, Estrasburgo.

ORDINAS, T.- THIEBAUT, M.P. (1988): Los servicios sociales comunitarios, Madrid: Siglo XXI.

PALAZON, F. (1995): "Educación de Adultos y tercera edad", Revista de Pedagogía Social, nº. 12.

PARSONS, T., (1942): "Age and Sex in the Social Structure of the United States", American Sociological Review, nº. 7.

PARSONS, T. (1954): "The Professions and Social Structure", en Essays in Sociological Theory, Glencoe, Illinois: The Free Press.

PASSANANTE, M.I. (1983): Políticas sociales para la tercera edad, Buenos Aires: Humanitas.

PEQUIGNOT, H. (1981): Vieillir et être vieux, París: Vrin.

POLLO, M., (1980): L'animazione culturale: teoria e metodo, Torino: Elle Di Ci.

PONTICELLI, M., (1987): "Problemi di definizione e riferimenti teorici", en AAVV: Docenti di Servizio Sociali. Il Servizio Sociali come proceso di aiuto, F. Angeli, Milano.

PUIG, T. (1988): Animación Sociocultural, Cultura y Territorio, Madrid: Popular.

QUINTANA, J.M. (1986): "La Animación Sociocultural en el marco de la Educación Permanente y de Adultos", en AAVV: Fundamentos de Animación Sociocultural, Madrid: Narcea.

RIVA, F. de la, (1989): "Piezas para un rompecabezas: participación y procesos socioculturales en la sociedad industrial avanzada del fin del milenio", en Procesos socioculturales y participación.

RODRIGUEZ, M. (1969): "El rol del trabajador social en el proceso de cambio", Impacto, año 1, nº.1, Chile: Universidad de Concepción.

ROWAN, J. (1981): "A dialectical paradigm for research", en REASON-ROWAN: Human Inquiry, New York: Wiley and Sons.

RUBIOL, G. (1985): Els Serveis Socials d'atenció primaria a diferents països europeus, Generalitat de Catalunya, Barcelona.

- RYBASH, M.J. y otros (1985): Adult Cognition and Aging, Inc. USA: Pergamon Books.
- SAEZ, J. (1987): La construcción de la educación, Murcia: ICE Universidad de Murcia.
- SAEZ, J. (1993): El Educador Social, Murcia: Servicio de Publicaciones, Universidad de Murcia.
- SAEZ, J. (1994): La educación de adultos: ¿una nueva profesión?, Valencia: Nau Llibres.
- SAEZ, J. (1995): La tercera edad: animación sociocultural, Madrid: Dykinson.
- SAEZ, J. (1995): "Reconstruyendo el discurso educativo de la tercera edad", Revista de Pedagogía Social, nº. 13.
- SAEZ, N.- VEGA, J.L. (1989): Acción socioeducativa en la tercera edad, Barcelona: CEAC.
- SALOMON, R. (1982): "Social group work with the elderly: maintaining autonomy and control", en Adult day care a mutual support community, Toronto: Centre for Geriatric.
- STEINBACH, U. (1991): "Social Networks, Institutionalization, and Mortality Among Elderly People in The United States", Journal of Gerontology, nº. 47.
- STREIB, G.F. (1965): "Are the aged a minority group?", en GOULDER, A.W: Applied Sociology, New York: Free Press.
- THERBORN, G. (1980): The ideology of power and the power of ideology, London: Verso.
- VICHE, M. (1986): Animación Sociocultural y educación en el tiempo libre, Valencia : Victor Orenge.
- WITHNALL, A. (1992): "Towards a Philosophy of Educational Gerontology: The Unfinished Debate", Journal of Gerontology, vol. 7.